

ISSN 1751-8229

Volume Three, Number Three

## **EL TITERE Y EL ENANO: El núcleo Perverso del Cristianismo.**

Slavoj Žižek. (2005). Buenos Aires, Paidós

Reseñado por Maximiliano E. Korstanje, Universidad de Palermo, Argentina

El mundo moderno se ha caracterizado por una pérdida gradual de los poderes eclesiásticos sobre el mundo social. Sin embargo, es falso afirmar que la religión ha desaparecido, como bien observa S. Žižek en su capítulo introductorio de la obra de referencia, la religión puede desempeñar dos funciones antagónicas, una terapéutica que ayude a los hombres a vivir mejor y la otra crítica que rompa los círculos y discursos hegemónicos que sintetizan todo lo malo de un orden específico. A la religión del pueblo propia de los “antiguos” clásicos ligada a las costumbres culturales de una sociedad, se le suma la religión positiva, comprendida ésta como el conjunto de reglas a respetarse por el simple hecho de haber sido dadas por la divinidad. Por último, la ilustración encarna a la religión de la razón la cual se ha dado como resultado de la exposición crítica de la religión positiva y el final de la edad media.

Sin embargo, en nuestros días la religión debe ser admitida dentro del seno privado como “un obscuro secreto”. Al respecto escribe Žižek:

lo que quiero declarar aquí no es meramente que soy un materialista por donde se me mire y que el núcleo subversivo del cristianismo también es accesible a un enfoque materialista. Mi tesis es mucho más tajante: sostengo que este núcleo sólo es accesible desde un punto de vista materialista y, viceversa, para llegar a ser un auténtico materialista dialéctico, uno debería pasar por la experiencia cristiana (Žižek, 2005: 14).

La modernidad ha aceptado a las religiones y a las creencias bajo el signo de las comillas; ello no significa que no creamos, sino todo lo contrario, que creamos “más que nunca”. Cuando escribimos o leemos un texto, las comillas nos marcan la posición subjetiva del autor de la cual debemos dudar, sin este mecanismo ortográfico creeríamos sin cuestionamientos previos en lo escrito. El cristianismo, y sobre todo el cristianismo de Pablo han marcado una abrupta ruptura entre el Jesús histórico y el Cristo resucitado. Empero, en Occidente la tendencia parece apuntar a un desplazamiento de las creencias o de los sistemas religiosos hacia otras instituciones como la cultura. En efecto, los ritos religiosos se conservan aún no como símbolo de fe sino como herencia cultural. Cuando los talibanes cortaron las cabezas de las estatuas de Buda, las sociedades occidentales protestaron enérgicamente no porqué creyeran en Buda, sino por considerar ese actor un atentado “a la cultura”.

Este aspecto es analizado profundamente en el desarrollo del capítulo primero dedicado al “encuentro” entre Occidente y Oriente, en donde el autor despliega todo su genio teórico-creativo al examinar la reconversión del Dios-Dios al Dios-Hombre que ha significado la irrupción del cristianismo. Pero según Žižek, el cristianismo posee un núcleo “oculto” y perverso que subvierte el orden de los valores religiosos no sólo ya como una “doctrina terriblemente revolucionaria” sino además como la única religión que promueve la traición como forma de redención. En las mayorías de los cultos Dios le pide a sus fieles que se mantengan leales a Él, pero en el cristianismo Jesús necesita de la traición y aún sabiéndolo deja los hechos tomen su curso. La posibilidad, cita Žižek a Chesterton, de que un hombre bueno se encuentre entre la espada y la pared es algo bien sabido pero que el mismo Dios hecho hombre se encuentre en esa situación, parece algo diferente. Más en el último momento luego de haber atravesado todo el calvario, Jesús se permite dudar de Dios.

Si para las religiones del mundo, Dios muere cuando los hombres se apartan de él, en el cristianismo Dios muere para sí. Ejemplos similares se

observan en la tentación de Adán y Eva, si la manzana estaba ahí para ser prohibida ¿porque Dios la puso en el paraíso?, ¿no será aquello un estrategia “perversa” para salvarlos luego?. Esta ambigüedad también se encuentra ligada a la creación y posterior caída del mismo Lucifer. ¿Cómo puede un Dios omnipotente crear a su más acérrimo enemigo?. Las respuestas a estas preguntas parecen a primera mano algo complicado. La figura del héroe sólo puede consumarse como tal cuando es traicionado por algún discípulo o seguidor íntimo para poder alcanzar la eternidad. El monoteísmo excluye la realidad de otros dioses, pero paradójicamente los fundamenta en esa lucha. La violencia de la rebelión es ensalzada como el acto mismo que constituye el amor.

En el capítulo segundo, Žižek considera la relación entre los detractores de la religión y la tesis hegeliana del ser-en-sí-mismo y para-sí-mismo. Aquellos hombres quienes combaten las doctrinas y creencias de la Iglesia en nombre de la libertad, pronto caen ellos mismos en el autoritarismo que decían combatir. Lo mismo sucede con “los fanáticos” de la religión que atacan obsesivamente a la cultura secular, y en su intento se convierten en seres más seculares que su enemigo mismo. Luego del atentado al WTC el 11 de Septiembre y de las incursiones militares de Estados Unidos a Medio Oriente, muchos intelectuales se han cuestionado sobre si la tortura es un método fiable en la búsqueda de datos que ayuden a prevenir nuevos atentados. En este contexto, Žižek afirma:

¿o acaso los guerreros liberales que, de una manera estrictamente homóloga, están tan ansiosos por combatir el fundamentalismo antidemocrático, no terminan por dejar de lado la libertad y la democracias mismas con el único objetivo de combatir al terror?. Tienen la pasión por probar que el fundamentalismo no cristiano es la principal amenaza a la libertad que están dispuestos a caer en la posición de obligarnos a limitar nuestra propia libertad, aquí y ahora, en nuestras sociedades cristianas (Žižek, 2005: 55).

El autor embate su crítica hacia los escritos de A. Dershowitz y J. Alter quienes reivindican la legalidad de las ordenes de tortura; la paradoja de la libertad sucumbe, escribe Žižek en el ensueño terrorista.

Lo cierto parece ser que el Cristianismo ha sobrevivido como estructura e institución a varios regímenes políticos como el feudalismo, la burguesía, el socialismo y el capitalismo. La pregunta central es ¿cómo y porque?. Centrado en la doctrina del goce condicionado de Hegel, Žižek admite que el Cristianismo ha sido un corpus de ideas que ha fomentado que una persona puede vivir en un castillo de cristal con la felicidad dentro del bolsillo siempre y cuando no transgreda determinada norma. Y si lo hace, hay otro mundo en donde uno puede acceder a la felicidad eterna. Esta limitación que en apariencia se presenta como arbitraria nos recuerda el acceso limitado a la felicidad y enfatiza en la presencia del don divino como aquel que ha permitido dicho acceso. De esta forma toda carencia emocional y material no sólo como criticaba Nietzsche es regulada por medio de la promesa y la esperanza de un mundo “mejor” sino que también explica la posición del otro en el condicionamiento del goce.

En palabras del propio Žižek:

en el sentido estrictamente lacaniano de los términos, uno debería pues postular que la felicidad se basa en la incapacidad o la disposición del sujeto para confrontar plenamente las consecuencias de su deseo: el precio de la felicidad es que el sujeto permanezca fijado a la inconsistencia de su deseo (ibid. 63).

Lo perverso de este juego es que los actores que demandan cambios pueden mantener inalterable su fachada sabiendo que sus peticiones jamás serán cumplidas. La posición anti-utópica de Žižek es respaldada por el ejemplo de los académicos “radicales” quienes promueven la libertad de derechos para los inmigrantes pero que saben que sus pedidos no serán oídos, y más se alegran por ello. Si los “recién-llegados” accedieran espontáneamente a los privilegios y beneficios de los nativos eso generaría un choque con la clase dominante (entre ellos los académicos). Esta brillante observación apunta a que por fuera el erudito profesa una igualdad que en su interior rechaza enérgicamente.

A diario los temas de investigación que proponen los intelectuales para sus ensayos versan sobre temas que apuntan la pobreza, la marginalidad y la inmigración encabezan el ranking de carencias. En raras ocasiones, los trabajos apuntan a las clases “privilegiadas” de las cuales los mismos

intelectuales forman parte. Žižek pone el ejemplo de la relación política entre Estados Unidos y Cuba con respecto a la migración. Frente a una nueva oleada de migrantes, en 1994 Cuba advirtió a Estados Unidos que iba a suprimir la ilegalidad de emigrar, si éste último no dejaba de promover la inmigración de cubanos. Pronto, ante la amenaza de una migración masiva los Estados Unidos accedieron a la petición cubana. En este sentido, el ego es descubierto en su fachada precisamente por el riesgo que el alter vea satisfecha su demanda amenazando así la posición privilegiada. La imposibilidad de la demanda garantiza la estabilidad del sistema.

Empero, Žižek redobla la apuesta, y en su desarrollo, arremete contra el mensaje del cristianismo el cual, lejos del sacrificio, incita al fiel a abandonarse a sus propios deseos. Cristo en su crucifixión ha cargado con “los pecados” de todos los mortales, pero los sigue cargando en cada “confesión”. El mensaje de este rito es “*puedes entregarte a tus deseos y gozar, ¡yo cargo el precio sobre mis espaldas!*” (Ibíd. 71). Este funcionamiento “perverso” evoca a la religión que da al goce cierta legitimidad y lo aparte de los deberes morales, para que el fiel viva su momento con impunidad.

La lectura del cristianismo sobre la voluntad de Dios es que primero lanza a la humanidad al pecado para luego salvarla por medio del sacrificio de su hijo único. Con este argumento en mente, nuestro autor sugiere que la ansiedad que caracteriza nuestro propio tiempo se basa en una norma que incita a la misma transgresión. En otros términos, Žižek explica:

lo que provoca la ansiedad es elevar la transgresión a la categoría de la norma, la falta de la prohibición que incitaría el deseo. Esta carencia nos aproxima excesivamente al objeto del deseo: nos falta el espacio vital que establece la prohibición, por consiguiente, aún antes de que podamos afirmar nuestra singularidad mediante la resistencia a la Norma, la Norma nos instiga de antemano a resistirla, a violarla, a ir cada vez más lejos (Ibíd. 81).

El punto central de este razonamiento versa en la idea que la falta de culpa crea un estado de constante ansiedad. Un sujeto cuyas limitaciones (para satisfacer sus deseos) son escasas tendrá una insatisfacción mayor que desemboque en un estadio ansioso en comparación con otros sobre quienes

se impongan restricciones de mayor peso (la brecha entre el deseo y la *juissance* de ese otro).

Uno de los mayores enigmas tanto dentro del cristianismo como del judaísmo es la figura del sufrimiento y el sentido que éste toma para el fiel. De esta forma, tanto Job quien es sometido a innumerables penurias sólo por capricho de Dios y un alarde de poder como Cristo quien en última instancia exclama “¿Padre porque me has abandonado?”, se encuentran emparentados en el sinsentido del sufrimiento humano. Uno por exceso de poder, el otro por impotencia. Ahora bien, existen ciertas diferencias en como ambos relatos construyen la omnipotencia de Dios. El Dios de Job, a pesar de su crueldad, es una entidad omnipotente, misteriosa cuya máxima crítica es mantenerse ajeno al sufrimiento de Job mientras que el Dios de Cristo es una entidad amorosa, bondadosa pero impotente al sufrimiento de su hijo. En otras palabras, Job hace responsable directamente a Dios por sus infortunios mientras que Cristo lo hace indirectamente responsable por su pasividad ante el dolor. En este punto de análisis, Žižek sugiere que ambos relatos tienen una significación complementaria, Job no sólo demuestra la imposibilidad de Dios para cambiar el curso del sufrimiento sino también el presagio de la pasión de su propio hijo, “hoy me toca a mí y mañana será el turno de tu propio hijo y no habrá nadie que interceda por él” (Ibíd. 173).

Finalmente, Žižek focaliza su trabajo en el rol que la angustia juega en ambas religiones. Escribe textualmente:

de acuerdo con Rozenzweig, la diferencia entre los creyentes judíos y los creyentes cristianos no estriba en que los últimos no experimentan angustia, sino en que han desplazado el foco de la angustia: los cristianos experimentan la angustia en la intimidad de su contacto con Dios (¿Cómo Abraham?), mientras que para los judíos, la angustia surge de su condición de miembros de una entidad colectiva sin un país propio, amenazada en su existencia” (ibid. 177).

En efecto, la tesis central en el desarrollo del libro se orienta a señalar que el cristianismo representa la sustracción de la identidad judía en sí misma al la vez que la relación de la humanidad con Cristo se da como el efecto de un sueño en donde la cosa no reemplaza al signo sino que deviene signo en sí misma. Metafóricamente hablando, si mientras duermo, me duele el pecho, el

sueño brinda al sujeto una fantasía y una narrativa para explicar el dolor. El cristianismo, a diferencia del judaísmo, ya ha consumado la aparición de su Mesías, en tanto que los cristianos quienes han experimentado las consecuencias del “gran acontecimiento” se lanzan activamente a la conquista del orden universal. No es que *“Dios propone, el hombre dispone”* (ibid. 187)... agrega Žižek, sino que Dios dispone y después el hombre propone. Al igual que el signo de la predestinación que nos conduce a un movimiento incesante para demostrar ser parte de la elección, el cristianismo también obliga al hombre a mejorarse diariamente. Si la gran venida ya ha sido sublimada, sólo la superación personal puede, en cierta instancia, garantizar la propia posición con respecto a las frustraciones de la vida.

Hasta aquí, hemos intentado reseñar –lo más objetivamente posible- los puntos más importantes del eje argumentativo de Slavoj Žižek con respecto a la función que el Cristianismo juega en la vida social del hombre moderno-capitalista y en su devenir histórico. En perspectiva, hemos encontrado un texto que invita a la reflexión a la vez que cuestiona desde una posición hegeliana y materialista el discurso mismo del cristianismo, no como una tergiversación del mensaje original, sino como una perversión en sí. Claro está, perversión que como una forma ideológica se presenta con intereses disfrazados y transmutados. No obstante, la obra de Žižek continua incompleta, en el sentido en que la esencia misma del cristianismo es la angustia por el abandono del padre; en consecuencia, el ateísmo no es la oposición al cristianismo, sino subversión del núcleo religioso.

El cristianismo debe ser comprendido como la religión del ateísmo que ha renunciado a la esencia religiosa pero aún mantiene su forma externa. El sacrificio y la caída del propio cristianismo es la manera de retornar a la esencia religiosa perdida. Desde este punto de vista, es curioso que Žižek no haya introducido en su debate al economista estadounidense Theorstein Veblen quien casi un siglo antes planteo cuestiones semejantes. Sería interesante, entonces, en futuros abordajes establecer un puente de diálogo entre estos dos fenomenales autores.